

# Don Alejandro Aguilar Machado

(En su recuerdo)

Escribir sobre el ilustre ciudadano, artista, educador, filósofo, orador, y amigo que fue Alejandro Aguilar Machado, constituye una gran satisfacción, aunque sea bajo los efectos de la tristeza que nos produce su desaparición.

Como ciudadano amó a su país y, sobre todo lo enalteció. En el desempeño de Ministerios, direcciones de colegios, misiones internacionales y otras funciones públicas fue de competencia y responsabilidad ejemplares. Como simple ciudadano, su respeto por la majestad de la Patria fue excepcional. Por ello, ya retirado de los quehaceres públicos, presidentes, ex-presidentes, ministros, ex-ministros, maestros, diputados y ciudadanos en general, acudían a su casa, en Alajuelita, a solicitar su consejo. Cuántas veces le escuchamos en el corredor pintorescamente enladrillado de aquella venerable residencia, sentado el maestro en un viejo escaño, que había pertenecido a su antepasado don Juan Rafael Mora. Don Alejandro fue el gran patricio de esta nación. Le dolía Costa Rica, porque había vivido en una época, que aunque más pobre y humilde, se distinguía por hombres virtuosos y de idealismo acendrado.

No sólo perteneció a una familia de artistas, sino que fue admirador y cultor del arte. Gozaba de la música, de la pintura y de las demás expresiones artísticas no como simples entretenimientos, sino como vivencias personales, que le hacían creer que la vida del hombre se justifica, sobre todo, por el arte. Solía afirmar que el ser humano sí carece de sentimientos estéticos y solamente se apoya en el poder de la razón, es la criatura más peligrosa de la Naturaleza.

Fue un notable educador, que dedicó toda la vida a la enseñanza de la juventud. Su personalidad representó una síntesis magistral del artista y del maestro. Creía que el verdadero educador es un artista que sabe crear en el alma de sus discípulos los mejores ideales y hábitos cívicos, morales, políticos, religiosos y culturales. Esto de manera análoga a como el pintor, el escultor o el músico sabe plasmar sus creaciones en la tela, en el bronce o en la armonía de los sonidos. La suya fue una concepción estética de la educación. Forjó generaciones completas de jóvenes costarricenses e inauguró una nueva modalidad en la educación nacional, porque quiso que los adolecentes encontraran su propio destino y no fueran simples repetidores de conocimientos y acatadores ciegos de normas y reglamentos. Las primeras manifestaciones de autogobierno estudiantil fueron obra suya.

También en el campo de la Filosofía de la Historia fue don Alejandro uno de los más celebrados pensadores de Centroamérica. Bergson y Dilthey tuvieron fuerte influencia en su pensamiento filosófico. Nadie como él conoció el historicismo diltheyiano en Costa Rica y de sus reflexiones sobre el tema nacieron varios opúsculos conocidos.

Pero la idea central de sus lucubraciones fue la de que es el espíritu inmortal el que engrandece al hombre y proyecta su realidad en las esferas de lo eterno; esta es la única verdad que explica la tragedia del hombre y de su vida.

Don Alejandro fue un prodigioso orador. Príncipe de la elocuencia costarricense durante toda una vida. En todos los círculos, academias, congresos y en todas las oportunidades se facundia exuberante fue admirada y aplaudida.

Quizás fue el único costarricense a quien la Real Academia Española de la Lengua y su presidente de entonces, el insigne Menéndez y Pidal, elogiaron unánimemente y consideraron como uno de los más brillantes tribunos que se habían escuchado en el seno de aquella institución. En España, en México, en Brasil, en Perú, en Cuba, por doquier, la voz y la palabra de don Alejandro Aguilar Machado honraron a Costa Rica.

El país afortunadamente, se lo reconoció y en los últimos años le hizo numerosos homenajes. Fue uno de los costarricenses que ostentó en vida el mayor galardón que la República concede a sus hijos: el benemeritazgo patrio.

Don Alejandro, lo reitero, creyó en la trascendencia del espíritu humano y en la supervivencia de la conciencia individual. Por eso, ahora, don Alejandro vive en la felicidad inmensurable de la inmortalidad.

Julio Molina Siverio  
Cartago, 15 de noviembre de 1984